

1. ARTÍCULOS

ROBERTO GONZALEZ (1939), lic., en Ciencias Políticas, Profesor de Teoría de las Relaciones Políticas Internacionales en el ISRI.

La reelección de Reagan: ¿consolidación de la segunda guerra fría?

Más que la consolidación de una “segunda guerra fría”, la reelección de Reagan perfila un período de serias tensiones dentro de una estrategia de “contención limitada” que no excluye graves amenazas para la supervivencia humana

En la hipótesis que parece más factible en el momento en que se escribe este trabajo, el de la reelección de Ronald Reagan, se impone intentar el análisis perspectivo, al menos en sus lineamientos más generales, de la política exterior que seguirá este gobierno en un segundo período que se abrirá bajo el signo de una mayor consolidación interior sancionada por el electorado. Esa circunstancia dará al mandatario republicano la posibilidad de aplicar con mayor coherencia y consecuencia su diseño estratégico en el plano internacional, sobre todo en los dos primeros años de la nueva etapa.

El objetivo del presente trabajo es examinar precisamente las posibilidades de ese diseño en el marco de la actual estructura internacional y de la experiencia que arroja la política norteamericana de la segunda posguerra, así como la ejecutoria del gobierno de Reagan a partir de enero de 1981. Nuestro enfoque se ubica en la perspectiva global del sistema de relaciones internacionales y de su consideración teórica, y persigue, por tanto, esclarecer conceptual mente el análisis de los posibles desarrollos. La interrogante con que titulamos el trabajo constituye el hilo conductor de este intento de intelección teórica.

I

Todo examen de la proyección internacional de los Estados Unidos exige una ojeada retrospectiva a la estrategia que definió el curso del llamado período de “guerra fría”, El término, puesto en circulación contemporáneamente por el político norteamericano Bernard Baruch o por el oscuro periodista que le escribía sus discursos, fue popularizado por Walter Lippmann en 1947 y resulta una denominación ya convencional, pero obviamente insatisfactoria, para describir las dos décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, caracterizadas por una reestructuración profunda de todo el sistema internacional.

En su esencia, la “guerra fría” fue escenario del conflicto clasista básico de nuestro tiempo en el plano internacional, pero implicó al propio tiempo una fase cualitativa mente nueva en las relaciones internacionales, definida por el enfrentamiento bipolar Estados Unidos-Unión Soviética, que encabezaban dos coaliciones representativas de dos sistemas económico-sociales, filosofías y alternativas de futuro antagónicas. El período se caracterizó por un clima internacional de grandes tensiones que, si bien no condujeron a otra guerra mundial, excluyeron relaciones de paz y cooperación, y por

el desarrollo de diversos conflictos armados a escala limitada regional, como el de Corea al inicio, y el de Vietnam en su fase final.

Las tensiones que presidieron esta etapa se originaron en la postura agresiva que asumieron los Estados Unidos como respuesta a la expansión de la revolución en sus dos vertientes: la socialista y la nacional-liberadora. Los Estados Unidos, hecho novedoso de la historia del capitalismo, eran la potencia rectora del sistema, sin contrapartida a causa de la derrota o del debilitamiento de las viejas potencias europeas, y devenidos potencia efectivamente mundial por su pujanza económica y por su capacidad como primera potencia naval y aérea para proyectar su poder militar a grandes distancias, un aspirante efectivo a la hegemonía global, sancionada por su inicial monopolio del arma nuclear.

La “guerra fría” se caracteriza, por tanto, por la envergadura de las transformaciones revolucionarias que condujeron a la expansión del socialismo a todo un grupo de Estados de Europa Oriental, Asia y luego América, el gigantesco proceso de descolonización, los intentos de los Estados Unidos —primera potencia global efectiva en la historia— de frenar con una estrategia agresiva la reducción del área de dominación del capitalismo y afirmarse en el liderazgo mundial, y el posterior desarrollo de la Unión Soviética, cabeza del polo socialista mundial, al status de potencia globalmente equiparable y rival de la república norteamericana.

Un sistema internacional profundamente reestructurado, en suma, de dimensiones globales, convulsionado por procesos revolucionarios en expansión, con dos potencias mundiales como actores principales, escenario de un enfrentamiento de sistemas económico-sociales e ideologías, a la sombra de una revolución tecnológica que, en el plano militar, desembocó en la creación de armamentos capaces de aniquilar la existencia misma de la humanidad. Un período de características cualitativamente nuevas, que no puede reducirse al tradicional conflicto que opone, desde su surgimiento en 1917, al Estado socialista y las potencias capitalistas, como han pretendido algunos historiadores.¹

En el apogeo de su poderío y en la primera línea de defensa del sistema, los Estados Unidos estructuraron una estrategia agresiva dirigida a la contención y el retroceso de la revolución socialista y el control o subordinación del proceso de liberación nacional en las áreas coloniales. Los ejes centrales de esa estrategia, expresada en cambiantes programas políticos y militares durante las administraciones Truman y Eisenhower, fueron el rearme en gran escala, la conformación de un sistema global de alianzas militares en los escenarios de principal valor estratégico, el chantaje con el monopolio nuclear primero y con la superioridad cuantitativa estratégico-nuclear después; la recuperación del capitalismo europeoccidental; la incorporación de toda América Latina al diseño imperial como base de sustentación de las pretensiones hegemónicas de los Estados Unidos; la organización del neocolonialismo como salida equilibradora al proceso descolonizador; la integración del capitalismo bajo su dirección no compartida; el chantaje desde posiciones de fuerza sobre el campo

¹ Por ejemplo D. F. Fleming en su obra *The Cold War and Its Origins*, Garden City, 1961.

socialista y los nuevos países independizados; la utilización del aislamiento diplomático, el arma del bloqueo económico; los golpes de Estado y el derrocamiento de gobiernos populares —especialmente ilustrado en los años 50 en América Latina—, las intervenciones militares regionales o locales, como en los casos de Corea y el Líbano.

Esta política de fuerte connotación militarista² conllevó el desarrollo de la carrera de armamentos y el exacerbamiento de las tensiones internacionales, en los marcos de un enfrentamiento ideológico bipolar que inflexibilizaba la dinámica de las relaciones internacionales, acentuada por la visión maniquea y las intemperancias verbales de un Foster Dulles, quien, sin embargo, se revelaba como negociador más pragmático de lo que su retórica grandilocuente parecía admitir. La confrontación no estuvo exenta de relajamientos coyunturales como las conversaciones de Ginebra de mediados de los años 50 o las negociaciones en la Cumbre, Unión Soviética-Estados Unidos de Camp David en 1959-, lo que ha llevado a algunos autores a fijar aquí el final de la "guerra fría"³ que, sin embargo, no alteraron la tendencia fundamental.

La primera década de "guerra fría" terminó cuando la administración Eisenhower abandonó la Casa Blanca sin haber podido lograr su proclamado objetivo de hacer retroceder al comunismo, ni, en rigor, contenerlo con toda eficacia, pues la Revolución Cubana lo estrenaba a las mismas puertas de los Estados Unidos. Tampoco pudo hacer realidad la amenaza de "represalia masiva" atómica contra las ciudades soviéticas, ante significativos avances revolucionarios en el mundo.

Las administraciones demócratas sucesivas se enfrentaron a un escenario internacional sustancialmente modificado, marcado por una inflexión importante en la configuración de la relación de fuerzas, dada por el poderío nuclear logrado por la Unión Soviética y apoyada en los nuevos desarrollos del armamento estratégico - cohetes intercontinentales, silos subterráneos, submarinos nucleares- y el comienzo de la quiebra del esquema bipolar jerárquico de la década anterior, por la emergencia de los nuevos estados independientes en Asia y África y por el nuevo peso internacional que van adquiriendo Europa Occidental y Japón. La preservación del capitalismo y el intento de apuntalar un orden internacional favorable sólo podían realizarse readecuando la estrategia internacional norteamericana. La "respuesta flexible" de John F. Kennedy y su *brain trust* asesor, expresaría las limitaciones de la potencia norteamericana, en un diseño que buscaba otorgar mayor corresponsabilidad a los principales aliados capitalistas, en el marco de la dirección global

² Reconocida por el "padre de la contención", George F. Kennan, quien, sin embargo, se defiende en sus memorias, escritas en los años 60, de toda responsabilidad por una orientación agresiva que, según él, desvirtuaba la política que preconizaba. Cfr. G. F. Kennan: *Memorias de un diplomático*, Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1972.

³ Cfr. Raymond Aron: *Republique Imperiale*, Calmann-Lévy, París, 1973.

norteamericana, y un intento de aproximación reformista a las necesidades del Tercer Mundo, explosivo foco de Insurgencia y, por consiguiente, de inestabilidad internacional. al tiempo que se experimentaba con la "guerra local o limitada" como alternativa al holocausto nuclear, ensayada primeramente en Vietnam,

La posición del gobierno de Kennedy, manifestación de una comprensión realista de los cambios internacionales que no excluía un renovado intento de cumplir los objetivos estratégicos del imperialismo en la contención de la revolución mundial, conllevó un inicio de diálogo con la URSS (después de la crisis de los cohetes en Cuba), tercer momento de relajación de tensiones en todo el período de "guerra fría", El asesinato del joven mandatario, al que tal vez no sean ajenas sus posiciones internacionales, inaceptables para el sector más reaccionario de la oligarquía monopolista norteamericana, despejó el escenario político para el mediocre interregno de Johnson, quien, traicionando su postura electoral, lanzó a los Estados Unidos en un intento de apuntalamiento militar de su deteriorada hegemonía mundial con la invasión de Santo Domingo, los golpes de Estado en África, el apoyo a Israel en su guerra de los "seis días", que culminó en el trágico callejón sin salida del sudeste asiático, cuestionó el lugar de los Estados Unidos en el mundo y replanteó por segunda vez la necesidad de redefinir la estrategia internacional de Washington,

En resumen, con la orientación agresiva inaugurada en 1947 los Estados Unidos procuraron establecer el orden planetario en base a su supremacía a través de la contención del proceso revolucionario mundial. A eso se redujo una estrategia reformulada bajo Foster-Dulles con altisonantes exhortaciones a "liberar" los países comunistas, hacer retroceder al comunismo y al empleo de la represalia masiva. Con justicia desde el punto de vista de la política exterior norteamericana, el período de "guerra fría" puede calificarse como el "ciclo de la contención",⁴ Si esta estrategia puede considerarse fracasada en sus objetivos básicos, sobre todo en lo que al socialismo se refiere, resulta innegable al propio tiempo que es responsable en buena medida de la consolidación del capitalismo en Europa, área amenazada en 1945 de la estructuración del neocolonialismo como mecanismo para mantener en la órbita capitalista a un amplio sector de los países recién liberados, de la hegemonía de los Estados Unidos en el seno del capitalismo (cuyo perdido carácter absoluto no cuestiona la superioridad relativa), de hacer más costosas las victorias revolucionarias en diversas áreas, y someter a grandes tensiones el proceso de construcción socialista en este grupo de Estados.

La guerra de Vietnam, que en mayor medida aún que la de Corea merece el calificativo que a este conflicto dieron los jefes del Estado Mayor Conjunto de los Estados Unidos ("*the wrong war at the wrong place, at the wrong time, and with the wrong enemy*"⁵) cuestionó el gran diseño de orden mundial basado en la supremacía

⁴ Stanley Haffmann: *Primacy or World Order?* Mc Graw-Hill Book Co., USA, 1978

⁵ Citado por David Rees en *The Age Of Containment*. Macmillan, New York, 1968, p.43.

de los Estados Unidos. La imposibilidad de imponer una *pax americana* a un mundo transformado hizo necesario el replanteo de la estrategia norteamericana en un segundo momento importante de viraje en la política exterior de la nación.

II

La década de los años 70 pasará a la historia como la etapa del relajamiento de las tensiones internacionales que definieron la confrontación global de los años de "guerra fría", y del inicio de la "detente" entre el Este y el Oeste.

Aunque en rigor no puede calificarse como una tendencia universal, la distensión se concretó en dos áreas de vital importancia del sistema de relaciones internacionales: las relaciones bilaterales Unión Soviética-Estados Unidos y en Europa. En las primeras, la nueva tendencia se plasmó en la firma y ratificación del primer tratado sobre limitación de armas estratégicas nucleares, SALT-I, y el acuerdo por el cual ambos Estados se comprometían a no ser los primeros en utilizar el arma nuclear. Aumentaron considerablemente los intercambios comerciales, tecnocientíficos, culturales y se abrió una etapa de entendimiento y diálogo que implicaba una relación basada en la sutil dialéctica de la cooperación-competencia moderada. Finalmente, se firmó el SALT II, que no ha sido ratificado a causa de la inflexión del curso internacional.

En Europa, uno de los principales escenarios de la "guerra fría", la celebración en 1975 de la Conferencia de Seguridad y Cooperación de Helsinki constituyó el momento culminante de un proceso de renovación de las relaciones Este-Oeste, que tuvo como presupuesto la solución, al menos para todo el próximo futuro, del llamado "problema alemán", facilitado e impulsado por la *Ostpolitik* de la coalición socialdemócrata-liberal gobernante durante ese período en la República Federal Alemana.

Si no puede hablarse de distensión en áreas como el Oriente Medio o el Cono Sur de África, su concreción en esas dos esferas de tanta importancia -es decir, las relaciones bilaterales de las dos mayores potencias mundiales, y en un continente de tanta significación internacional como Europa- tendría repercusiones en el conjunto del sistema internacional, permeando en una u otra medida la política exterior de todos los Estados y encuadrando la tendencia dominante.

En América Latina, por ejemplo, la tendencia distensiva contribuyó a la ruptura del aislamiento diplomático de la Revolución Cubana, sobre la base, naturalmente, de la insoslayable consolidación del proceso de transformaciones en el primer Estado socialista de este continente, y de una creciente tendencia de los países de la región a seguir una política más autónoma de reafirmación nacional.

A pesar de su significación para las relaciones internacionales y de todo lo que se ha escrito con propósitos apologéticos, falta un examen riguroso de las causas profundas que determinaron la distensión por encima de los lugares comunes relativos al desprestigio norteamericano por su aventura vietnamita o el "realismo" de ciertas personalidades políticas. Se trata de un análisis fundamental que permitiría la Intelcción eficaz de la tendencia presente de retorno a la "guerra fría" y su eficaz evaluación. En el examen de estas causas resulta obvio que un elemento central lo constituyen los objetivos de los Estados Unidos y la posición del capitalismo como sistema, dado que para el grupo de Estados socialistas se trataba de la plasmación de una política predicada consecuentemente durante casi dos décadas.

En una primera aproximación al complejo tema, a continuación enumeramos un conjunto de factores que nos parecen fundamentales en la gestación del viraje distensivo que presidió buena parte de la década pasada.

El cambio indudable en la correlación internacional de fuerzas que significó el logro por la URSS de la paridad estratégica militar general con los Estados Unidos, materializado en la segunda mitad de la década de los 60 y principios de los 70. La URSS equilibra desde ese momento el potencial norteamericano y deviene una efectiva potencia global, hecho subrayado por el desarrollo adicional de su poderío naval y aéreo.

La paridad lograda por la URSS en el terreno militar anuló la aspiración norteamericana a la supremacía absoluta en las relaciones internacionales y terminó con las pretensiones de establecer un único diseño imperial de dominación. La presencia de otra potencia mundial como hecho objetivo, estructural, del sistema internacional, impone la necesidad del diálogo y la cooperación, siendo impensable la solución bélica, dada la capacidad de exterminio del moderno armamento estratégico nuclear. La culminación del proceso de descolonización que alcanzó nuevos triunfos en la década de los 60, y la entrada del movimiento de liberación en la nueva fase orientada ala consolidación de la genuina independencia de los nuevos Estados y la restructuración de las relaciones internacionales sobre bases más justas. En este contexto se inscribe la resonante victoria del pueblo vietnamita contra la agresión armada norteamericana, que provocó la ruptura del consenso interno en los Estados Unidos y afectó seriamente su posición internacional general, agudizando las contradicciones con los aliados y repercutiendo seriamente sobre las estructuras internacionales de la economía capitalista.

La multipolarización de las relaciones internacionales, con la emergencia de potencias de significación, al menos política y económica, como la Europa Comunitaria y Japón, o de importante alcance regional como la República Popular China, devenida potencia atómica. El fenómeno, si se tiene en cuenta, además, la globalización general de las relaciones internacionales por el surgimiento en los años

50 y 60 de decenas de nuevos Estados en todos los continentes, relativiza la hegemonía norteamericana al interior del grupo de países capitalistas desarrollados.

La reaparición desde fines de la década de los 60 de los fenómenos de crisis en la economía capitalista, por la acción de un complejo de factores que terminaron con el período expansivo abierto con la Segunda Guerra Mundial. La crisis del sistema monetario basado en el dólar, el nuevo fenómeno de la "estanflación", el desempleo creciente en los países capitalistas desarrollados, el alza de los precios del petróleo y sus consecuencias para el conjunto de las economías desarrolladas, fueron los primeros síntomas de una profunda sacudida estructural del capitalismo, la mayor desde la crisis 1929-1933, que apunta peligrosamente a la estabilidad interna del sistema. Al iniciarse los años 70 el capitalismo parecía entrar en un nuevo "ciclo Kondratiev" de tonalidad recesiva.⁶

La crisis económica hace más necesario desarrollar y ampliar los intercambios internacionales, la división internacional del trabajo, y superar la exclusión del enorme mercado de los países socialistas, característico de la política de bloqueo de los años de "guerra fría". La economía impone la cooperación internacional y la distensión es su precondition política. La necesidad es particularmente sentida por los aliados europeos y Japón, mucho más dependientes del mercado internacional.

El surgimiento de amenazas globales para la supervivencia de la humanidad, implícitas en primer lugar en el armamento nuclear, pero también en las desiguales condiciones económicas internacionales que someten a cientos de millones de personas en el Tercer Mundo al hambre y la miseria, con toda su carga de explosividad insurgente, el agotamiento posible de recursos energéticos y de materias primas no renovables, así como los peligros que la irracional explotación capitalista plantean al contorno ecológico del hombre, son factores todos que hacen de la distensión y la cooperación internacionales las únicas alternativas válidas al exterminio de la humanidad.

A este grupo de factores fundamentales pueden añadirse la crisis ideológica y de valores del capitalismo, las tensiones internas que provocan los fenómenos de crisis económica y confrontación política internacional y el fortalecimiento de ese factor novedoso en las relaciones internacionales que constituye el papel de una influyente opinión pública de signo progresista.

Así, el capitalismo tuvo que aceptar el inicio del proceso de distensión internacional, consecuencia de modificaciones estructurales del sistema internacional que tienen su origen en los triunfos revolucionarios de los pueblos que rebasan las implicaciones coyunturales de una aventura bélica fracasada.

⁶ Para un examen detenido de la teoría de los ciclos u ondas largas en la historia del capitalismo, sus orígenes y limitaciones, ver Ernest Mandel: *El capitalismo tardío*, ERA. SA, México, 1979.

No debe olvidarse que en Europa Occidental comenzó la distensión, al menos a escala regional, desde mediados de los años 60, por la "política al Este" de la Francia gaullista, seguida desde 1966 por el gobierno de gran coalición en la RFA y posteriormente por la *Ostpolitik* de Willy Brandt desde 1969. Para la comunidad europea era y sigue constituyendo un dato económico fundamental, como lo expresara alguna vez el economista germanoccidental y exministro federal, Karl Schiller, que el campo socialista es capaz de absorber un océano de mercancías.

Sería el gobierno republicano de Richard Nixon y su sucesor, Gerald Ford, con el inevitable Henry Kissinger como formulador principal de política exterior, quien daría los pasos necesarios para situar al líder del centro capitalista en la vía de la distensión. El enfoque que animaba a esta administración se basaba en las concepciones kissingerianas y se inspiraba en la tradición conservadora de la diplomacia clásica europea, cuyo pivote era el sistema de balance de poderes. No exenta de realismo, y partiendo de constatar que "ningún país puede actuar sabia y simultáneamente en cualquier parte del globo y en cualquier momento"⁷, la concepción de Kissinger apuntaba a rebasar la confrontación global del período de "guerra fría" sobre la base de un diálogo que se marcaba en una especie de equilibrio de poderes planetario, y que implementaba en beneficio de los Estados Unidos la multipolaridad política emergente desde los años 60.

En este esquema, el juego de influencias internacionales se distribuiría entre cinco potencias principales: los Estados Unidos, la Unión Soviética; Europa Occidental, Japón y China, manteniéndose los Estados Unidos en el centro del tablero internacional como garante y sostenedor del equilibrio global y como principal beneficiario. Kissinger acepta el nuevo status de potencia mundial de la URSS y su paridad con los Estados Unidos a cambio de establecer un acuerdo sobre el orden internacional satisfactorio para los Estados Unidos, y contrapesando a la URSS con sus aliados capitalistas y con la utilización de la carta China, ese "miembro 16 de la Alianza Atlántica"⁸. Se trata por tanto del establecimiento de un entramado de relaciones de cooperación y competencia moderada donde el nivel del diálogo, el intercambio comercial y tecnológico y los acuerdos sobre el armamento nuclear, tratan de subordinarse a la "moderación" soviética en los asuntos internacionales y a su aceptación de reglas de juego (método del linkage). Kissinger llegó a ofrecer a la Unión Soviética una garantía de estabilidad en su supuesta esfera de influencia de Europa Oriental a cambio de su "ordenado" comportamiento en otras partes (doctrina Sonnenfeldt).

⁷ Henry Kissinger: *American Foreign Policy*, W. W. Norton & Co. Inc., New York; 1969"

⁸ Así lo denominó Alexander Haig cuando comandaba las fuerzas de la OTAN. Citado en *Imperialistische Aussenpolitik am Beginn der 80er. Jahre* (Autorenkollektiv). IPW-Forschungshefte. n. 1/1981, Berlin, RDA.

la administración republicana Nixon-Ford encaró la necesidad de la distensión sin soslayar los intereses permanentes del imperialismo, readecuando su actuación a una realidad internacional renovada y buscando el consenso de las potencias para un modificado concepto del orden internacional que preservase los objetivos estratégicos de los Estados Unidos, enfoque eminentemente conservador que en modo alguno puede ser responsabilizado del abandono de los fines últimos del imperialismo, pero no exento del realismo necesario para superar el peligroso clima de confrontación bipolar que amenazaba llevar al mundo a la catástrofe.

Se trataba asimismo de un enfoque en cierta medida desideologizado que se atenía a las reglas de la política de poder tradicional y que no podía dar respuesta a los grandes problemas económicos y sociales, especialmente a los de los pueblos subdesarrollados, en una era revolucionaria en las relaciones internacionales.

Precisamente esto reprochaba a Kissinger la administración demócrata sucesora de James Carter y su asesor de seguridad nacional Zbigniew Brzezinski, que aun manteniendo el rumbo distensivo, al menos durante los dos primeros años, pretendieron rearmar ideológicamente la política exterior de los Estados Unidos con el *slogan* de la lucha por los derechos humanos. El gobierno Carter trató de establecer una mejor coordinación con los aliados europeos a través del mecanismo trilateral, tanto para sostener más adecuadamente el diálogo-competencia con el adversario socialista como para enfrentar la compleja y difícil problemática tercermundista dentro de un esquema internacional que se pretendía más "arquitectural" que las acrobacias de pragmatismo diplomático de un Kissinger.

la gestión internacional de esta administración naufragó en medio de las contradicciones que impuso optar por un curso más agresivo frente a avances revolucionarios importantes en el Tercer Mundo -Irán, Nicaragua, Etiopía-, sin abandonar enteramente el proceso distensivo, dando a aliados y adversarios por igual un espectáculo de incoherencias que cuestionaba el papel internacional de los Estados Unidos.

III

El comienzo de la década de los 80 planteó un tercer momento de viraje en la política exterior norteamericana desde el final de la última guerra mundial, que la nueva administración republicana de Ronald Reagan orientó hacia la agudización del clima internacional con una estrategia básica de confrontación, insinuada ya en la última fase del gobierno Carter.⁹

⁹ En esta periodización de los momentos de viraje de la política exterior norteamericana desde 1945, seguimos a Robert Tucker en su ensayo "The Purposes of American Power". En *Foreign Affairs*. Winter. 1980-81.

La política exterior seguida por Reagan y el rápido deterioro de la situación internacional que ha sido su consecuencia directa, cuestionan el optimismo con que ciertos medios analizaron el proceso distensivo y obliga a considerar, sin retórica, las causas que han llevado al imperialismo a abandonar una orientación que parecía corresponderse con la lógica internacional y entrar en lo que se perfila como una "segunda guerra fría" que se consolidaría en un segundo mandato de Reagan.

Se trata de esclarecer teóricamente la causa de que el sector de extrema derecha del capitalismo abandonara el proceso de distensión, si como hemos sostenido antes, este estaba determinado por variables estructurales del sistema internacional. O los cambios examinados no tenían ese carácter o se produce ahora una lectura diferente de las características básicas del actual sistema internacional por otro grupo gobernante. En cualquier caso, nos encontramos ante una inflexión significativa de la tendencia prevaleciente en las relaciones internacionales, que plantea cuestiones que exigen una respuesta precisa que, paralelamente, permitiría clarificar si se trata, en rigor, de una "segunda guerra fría" que se consolidaría en un segundo mandato de Reagan.

El hecho de que este viraje hacia la confrontación se anunciara ya en el último año y medio del gobierno Carter, muestra que la tendencia al endurecimiento de posiciones en la política exterior norteamericana responde a necesidades estratégicas del imperialismo que van más allá de la imagen del mundo de las personalidades dirigentes. Ello no significa que pasemos por alto las características personales de Reagan, mediocre representante de la extrema derecha norteamericana, con un enfoque caracterizado por el ignorante maniqueísmo anticomunista; pero es incuestionable que algunas de las principales líneas de acción de la presente administración se diseñaron en el último período de la precedente, desde la instalación de los cohetes "Pershing" y "Crucero" en Europa, hasta el aumento de la presencia militar en el Oriente Medio, particularmente el Golfo Pérsico y la creación del cuerpo de intervención rápida.

El proceso de distensión internacional fue impuesto a los Estados capitalistas, con renuencia, por una compleja configuración de fuerzas internacionales determinada por las grandes victorias del movimiento revolucionario mundial, y cuestionada siempre por el sector más conservador de la burguesía imperialista, tanto en los Estados Unidos como en Europa Occidental, desde la estridente "nueva derecha" norteamericana hasta el neofascista Franz Josef Strauss en Alemania Federal. Entonces, esa crítica respondía también a propósitos electoreros y expresaba los temores tradicionales de los sectores menos realistas y avanzados del capitalismo. Entre las fuerzas revolucionarias internacionales la dirigencia cubana tuvo el mérito de apreciar ya en 1975, en pleno auge del proceso distensivo, las amenazas que pesaban sobre esta tendencia que no podía considerarse en modo alguno

consolidada¹⁰. Cinco años después, la situación internacional confirmaba esos temores plenamente justificados.

El hecho de que el sector más reaccionario del imperialismo mundial haya podido pasar de la crítica a la ruptura práctica del proceso distensivo, con la hasta cierto punto benévola tolerancia de todos los sectores dominantes del capitalismo -hecho ilustrado en los Estados Unidos por el tácito apoyo de David Rockefeller, fundador de la Trilateral, a la candidatura Reagan- constituye un acontecimiento que no puede explicarse con el fácil recurso de suponer ahora un predominio gubernamental del así llamado "complejo militar industrial", Sólo el análisis de los complejos procesos internos del imperialismo y de la dinámica internacional puede permitir una explicación seria y coherente.

En el marco internacional, es incuestionable que el período distensivo de los años 70 fue al propio tiempo escenario de importantes avances del proceso revolucionario mundial que, hasta cierto punto, parecían justificar las sombrías advertencias del ala reaccionaria del imperialismo. Esos avances revolucionarios, magnificados por las incoherencias y debilidades de la administración Carter, parecían apuntar hacia una "declinación de la posición global norteamericana".¹¹

Entre esos acontecimientos cabe mencionar, en primer lugar, el reforzamiento del poderío soviético, potencia global equiparable a los Estados Unidos, profundamente resentido por esos sectores; la victoria del pueblo angolano y la capacidad demostrada por un Estado revolucionario -en este caso Cuba-, de proyectar su ayuda internacionalista más allá de su estrecho marco regional; las victorias de Etiopía y Afganistán y, muy especialmente, el derrocamiento del Sha de Irán, principal aliado norteamericano, junto con Israel, en Oriente Medio y gendarme del Golfo Pérsico, así como el derrocamiento de la dictadura somocista y el consiguiente desarrollo de la revolución en Nicaragua y América Central, región considerada vital en la visión geopolítica tradicional del imperialismo,

Estos acontecimientos afectaron profundamente la posición de los Estados Unidos en tres regiones de vital importancia estratégica: el Cono Sur de África, el Oriente Medio y Centroamérica, que los sectores de extrema derecha interpretaron como un debilitamiento del poderío global norteamericano ante el cual el gobierno de Carter no supo responder con el vigor necesario.

Si a esto se añade la crisis económica internacional y la creciente rivalidad en este contexto de los tres polos del capitalismo, los Estados Unidos, Europa y Japón, así

¹⁰ Cfr. "Resolución sobre política Internacional" del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, dic. 1975. Departamento de Orientación Revolucionaria del CCPCC, La Habana, 1976.

¹¹ Véase sobre el particular Robert Tucker: op. cit.

como la lucha del conjunto de los países tercermundistas por una reestructuración de las relaciones económicas internacionales, al finalizar la década de los 70 el panorama mundial se presentaba para los Estados Unidos como un escenario hostil, para utilizar la clara expresión de Brzezinski.¹²

Estos acontecimientos internacionales han desempeñado incuestionablemente un papel significativo en el abandono de la orientación favorable a la distensión, generados en avances del proceso revolucionario en el marco de una intensificada crisis del capitalismo, que, al propio tiempo, provoca dentro de los Estados Unidos la necesidad de reestructurar la economía y la sociedad, centrada en un reforzamiento del poderío monopolístico sobre la base del aumento del autoritarismo y el retorno a los tradicionales valores de la sociedad norteamericana. Se trata de un intento de reordenamiento autoritario de la sociedad por parte de un sector de la élite monopolista dominante, como respuesta a la presente etapa de crisis del capitalismo, que produjo la quiebra del modelo liberal de "gran sociedad" o "estado del bienestar" promocionado en la década de los 60.

Para hacer triunfar el proyecto se forjó una especie de coalición conservadora que llevó a Reagan al poder, integrada principal, aunque no exclusivamente, por la llamada "nueva derecha", en realidad la extrema derecha reorganizada a través de una multitud de diversas asociaciones que aglutina a la pequeña burguesía atrasada del Sur, el Oeste y el Medio Oeste, asustadas por la crisis económica y de valores de la sociedad norteamericana; la ortodoxia religiosa protestante representada por el fanatismo fundamentalista y los nuevos grupos financieros del Oeste, que emergieron en las dos últimas décadas como un polo de poder interno que disputa el control de la nación a la élite dirigente tradicional del Este. Un cierto "nacionalismo populista" de derecha sirve parcialmente de ideología cimentadora de un sector importante de esta coalición, obviamente instrumentado por la oligarquía financiera de Texas y California, sector de la clase dominante de proyección exitista y agresiva que carece por otra parte de la sofisticada experiencia de mando que caracteriza a la oligarquía financiera del Este.

El grupo de intelectuales llamados "neoconservadores", también Integrantes de la coalición, le han dado expresión, con un lenguaje académico, a las concepciones por lo demás bastante primitivas que inspiran a buena parte de las fuerzas que integran la "nueva derecha", configurando los lineamientos generales de la proyección internacional del programa electoral republicano e inspirando la actuación del gobierno en la esfera internacional.

Esa orientación tiene como eje la confrontación Este-Oeste, el problema central de la política exterior norteamericana, al que debe subordinarse el enfoque y tratamiento

¹² Cfr. Zbigniew Brzezinski: "America in a Hostile World". En *Foreign Policy*, no. 23, 1976.

de toda la problemática internacional. En los más fogosos exponentes del "neoconservadurismo" en política exterior, esta confrontación es en realidad una fase de la tercera guerra mundial, prácticamente en desarrollo entre capitalismo y socialismo¹³. Un segundo aspecto condiciona la reflexión "neoconservadora": el debilitamiento de la posición global norteamericana como consecuencia de los errores, incoherencias o francas concesiones de las anteriores administraciones y, en particular, de una política distensiva que, a su juicio, sólo sirvió para el fortalecimiento del adversario soviético.

Así, la doctrina "neoconservadora" y de hecho reaganista en política exterior retoma la línea de contención global del comunismo esgrimida por la administración Truman, hilo conductor de la postura norteamericana durante la "guerra fría", y en similares términos agresivos e intervencionistas que caracterizaron el accionar de aquel gobierno, apologizado ahora por su firmeza y coherencia al asumir las responsabilidades mundiales que correspondían a los Estados Unidos en la nueva etapa histórica que se iniciaba con la posguerra. Para ser efectiva, esta contención debe basarse en una recuperación del poderío norteamericano en base al rearme acelerado, que permita la negociación con la Unión Soviética desde posiciones de fuerza.

En la puesta en práctica de esta orientación la administración Reagan aceleró el cumplimiento de las medidas militares que inició el gobierno Carter: instalación de los cohetes en Europa, integración definitiva y aumento de la fuerza de despliegue rápido, de claros propósitos intervencionistas, aumento de la presencia militar en Oriente Medio. Centroamérica y el Caribe. Y mientras subordina el tratamiento de la problemática tercermundista al conflicto Este-Oeste, desarrolla un vasto programa armamentista que elevó los presupuestos militares a cifras astronómicas y que ha implicado un sustancial recorte de los programas de seguridad social, espina dorsal del "Estado de bienestar general" propagandizado en la década de los 60.

En el enfoque de las relaciones con la Unión Soviética y el campo socialista, los ideólogos y los *decision makers* de la actual administración no desconocen su poderío; pero estiman que negociando desde una base de superioridad de fuerza los Estados Unidos pueden obtener concesiones soviéticas y, por encima de todo, "moderar" su conducta internacional. Es la aplicación de un high pressure linkage desde posiciones de fuerza que asegure la hegemonía global norteamericana.

Las negociaciones sobre la limitación de armamentos, el comercio y el intercambio tecnológico, incluso el diálogo y la negociación mismas, se subordinan a que la Unión Soviética abandone lo que llaman la promoción de la revolución internacional.

¹³ Así, por ejemplo, en el documento elaborado por el llamado "Comité de Santa Fe" en 1980, donde se esboza la plataforma republicana para América Latina. Ver la edición en suplemento que hizo la revista *Soberanía* de Managua, no. 1, octubre de 1981.

La aplicación de esta línea, según esperan, somete paralelamente a la sociedad soviética a grandes tensiones internas, que pueden contribuir adicionalmente a su eventual debilitamiento.

Esta orientación, que conlleva la ruptura del proceso distensivo y su sustitución por el diálogo "desde la fuerza", no deja de contradecir los intereses de los aliados de los Estados Unidos, particularmente Europa Occidental, vital mente interesada en las relaciones económicas con el campo socialista. Pero las contradicciones interaliados han sido previstas parcialmente por la dirigencia reaganista, que persigue también reforzar la supremacía norteamericana dentro de su propio campo. Un recrudecimiento de las tensiones internacionales puede servirle para obligar a sus aliados a estrechar filas bajo la "sombra nuclear" norteamericana.

En sus rasgos esenciales esta es la plataforma que en política exterior se comprometió a cumplir el equipo reaganista, y tras la cual se nucleó la coalición conservadora que lo llevó al poder. El programa traduce, en el lenguaje siempre más sofisticado de los "neoconservadores", las primitivas concepciones de los sectores más atrasados del electorado, con el cual se pretende reconstruir un cierto consenso sobre la política exterior perdido en los últimos años 60 por la aventura del Sudeste Asiático, que permita a la oligarquía monopolista lograr sus objetivos exteriores en un momento de gran complejidad internacional.

El nuevo curso se apoya, indudablemente, en las reservas de poderío con que aún cuenta el imperialismo, que le permiten concebir una estrategia dirigida a incidir en el curso de las relaciones internacionales recuperando una posición de primacía dentro de la nueva estructura de poder internacional. La Unión Soviética logró desde fines de los años 60 y principios de los 70, equiparar su poderío militar al de los Estados Unidos, y esta situación de equilibrio constituye un cambio apreciable en la correlación internacional de fuerzas y un obstáculo mayor para la hegemonía absoluta del imperialismo en las relaciones internacionales. Este equilibrio resulta inaceptable para todo un sector del capitalismo monopolístico, que no se resigna a nuevos avances del movimiento revolucionario mundial como los que tuvieron lugar en el período de la distensión, así como tampoco a una afectación de su liderazgo sobre todo el conjunto del capitalismo. Ante la impensable alternativa de la., guerra total, el grupo dirigente en los Estados Unidos trata de movilizar los recursos de que aún dispone el imperialismo, a través del rearme, de su superior tecnología y del poderío reunido de sus aliados capitalistas, en un intento de contener la revolución mundial y de reordenar la dinámica internacional desde una posición más favorable a sus intereses.

En síntesis, los sectores más reaccionarios del imperialismo tratan de establecer un reordenamiento internacional partiendo de que el cambio en la correlación de fuerzas que ha significado el logro por la Unión Soviética de la paridad estratégica y un

status de potencia global, significa un equilibrio que el campo socialista sostiene precariamente, mientras las reservas de poderío de los Estados Unidos -y el capitalismo en su conjunto-, les permiten rediseñar el cuadro de las relaciones internacionales para consolidar una posición de supremacía dentro de ese equilibrio. En este contexto, el renovado poderío militar norteamericano y la superioridad económica general del imperialismo les permitirían controlar los procesos políticos y sociales en el llamado Tercer Mundo y afirmar su hegemonía sobre este gran conjunto de países, escenario de la disputa global Este-Oeste.

Este enfoque no desconoce enteramente 105 cambios internacionales, pero a diferencia de 105 "realistas políticos" que viabilizaron el camino de la distensión, considera que una posición enérgica, que valore el potencial real del imperialismo, permite adecuarse a esos cambios sin aceptar la pérdida de la supremacía global norteamericana. que trata ahora de recuperarse rápidamente a través de una orientación agresiva que, en lo inmediato, ha significado la ruptura del proceso distensivo y que entraña, naturalmente, grandes peligros de provocar un conflicto mayor.

IV

En el cumplimiento de estos objetivos, la política exterior de la administración Reagan, sobre el fundamento doctrinal de un renovado *containment* del proceso revolucionario mundial, se ha movido por los ejes centrales que describimos a continuación, aunque ateniéndonos sólo a sus rasgos más generales:

- Rearmamentismo acelerado que otorgue al imperialismo una relativa superioridad militar sobre el principal adversario, sometiendo paralelamente a la economía socialista a las tensiones adicionales que son el costo de la continuada y acelerada carrera armamentista. En este marco, instalación de 105 cohetes "Pershing" y "Crucero" en Europa Occidental, en cumplimiento del doble acuerdo de la OTAN adoptado bajo el gobierno Carter, lo que aumenta la capacidad de primer golpe nuclear de las fuerzas de la alianza, y tiene el objetivo de obligar a la Unión Soviética a hacer mayores concesiones en las negociaciones sobre armamento estratégico, siempre dentro del objetivo de consolidar la superioridad imperialista. Asimismo, acelerada implementación de los cuerpos de despliegue rápido, grandes unidades dotadas de todos los medios técnicos necesarios para producir intervenciones relámpago en áreas en que se vean amenazados intereses vitales de los Estados Unidos. La creación de estas unidades es la culminación del desarrollo de un pensamiento estratégico que tiene sus orígenes en la doctrina de la "vietnamización" de la administración Nixon, a consecuencia de la frustrante experiencia del Sudeste Asiático y la consiguiente necesidad de que las futuras intervenciones militares se

produzcan a cargo de unidades profesionales altamente tecnificadas, en apoyo a aliados regionales que compartirían la tarea represiva y excluyendo así la conscripción militar que tiende a generar la protesta antibélica.

. Renovadas presiones sobre los aliados eurooccidentales para obstaculizar sus relaciones económicas con el campo socialista, en el contexto de la utilización del linkage; es decir, subordinadas al comportamiento soviético en el plano internacional. Esta orientación está enfilada a subordinar adicionalmente la autonomía económica de sus socios a la estrategia global norteamericana y a consolidar el liderazgo de los Estados Unidos dentro de su propio campo.

. Fortalecimiento de los vínculos con todos los aliados regionales, prescindiendo de consideraciones éticas del tipo derechos humanos, apreciados como sólidos baluartes frente a las posibles rupturas revolucionarias. En este sentido se destacan los nexos con la República Sudafricana, Israel, las dictaduras latinoamericanas, Taiwán y Corea del Sur.

. Aumento de la presencia militar en el Oriente Medio, particularmente el Golfo Pérsico, enclave estratégico de importancia vital para todo el Occidente; posición debilitada a juicio de los formuladores de la política norteamericana, tanto por la revolución khomeinista en Irán como por el avance soviético en Afganistán. En este contexto, apoyo irrestricto al Estado israelí, cuyas fuerzas armadas se consideran el más efectivo obstáculo al "expansionismo soviético" y "luz verde" para la operación del Líbano, destinada a asestar un golpe mortal a la resistencia palestina, consolidar un Estado libanés de dirección falangista, y redondea así la alianza entre las fuerzas conservadoras de la región.

. En África, apoyo a la República Sudafricana, baluarte capitalista en el Cono Sur del continente; presiones sobre los regímenes revolucionarios de la región para lograr un comportamiento "moderado" que garantice la estabilidad del régimen del Apartheid y el tránsito bajo control de Namibia a la independencia, así como la retirada de las tropas y la disminución de la influencia cubana.

. En Asia, renovados estímulos para acelerar la remilitarización de Japón y su asunción de una mayor corresponsabilidad en el lejano Oriente y el Pacífico, sólidos vínculos con sus aliados de la ASEAN, Corea del Sur y Taiwán, sin abandonar la utilización de la "carta china".

. En América Central, región que el gobierno Reagan prioriza coyunturalmente por considerarla decisiva para los intereses vitales de seguridad de los Estados Unidos, la actual administración ha desencadenado una escalada agresiva destinada a desestabilizar la Revolución Sandinista en Nicaragua, al tiempo que apuntala militarmente a los regímenes dictatoriales de El Salvador, Honduras y Guatemala

para impedir la extensión del proceso revolucionario en la región y amenaza con una intervención militar directa. En este contexto, los reaganistas han aumentado considerablemente la presencia militar en la región, iniciada por el gobierno de Carter, incluyendo toda la Cuenca del Caribe, ese "lago norteamericano" de la visión geopolítica tradicional. Reagan ha endurecido considerablemente la postura hacia Cuba, considerada junto a la Unión Soviética gestora principal de las convulsiones revolucionarias del área, y ha producido la criminal invasión a Granada, que liquidó el proceso revolucionario en ese pequeño Estado. Para el grupo que formula la política exterior en los Estados Unidos, América Central y el Caribe constituyen la piedra de toque de su postura internacional, ya que un fallo en la imposición de su voluntad en esta región tan cercana al territorio norteamericano cuestiona su decisión de recuperar el liderazgo en otras regiones del mundo.

. Subordinación de la cuestión Norte-Sur al enfrentamiento Este-Oeste y consiguiente negativa a satisfacer las reivindicaciones del llamado Tercer Mundo en favor de un reordenamiento del sistema de relaciones económicas internacionales sobre bases más justas. Incluso sabotaje abierto de toda consideración del tema en un marco multilateral y condicionamiento de la ayuda norteamericana, siempre en el plano estrictamente bilateral, al comportamiento de los Estados y su correspondencia con la estrategia y los intereses norteamericanos.

Así, los tres primeros años de la administración Reagan han sido escenario de la plasmación en política práctica -,y con bastante consecuencia, hay que subrayarlo- del diseño estratégico que cimentó en el terreno de la política exterior la coalición de extrema derecha que llevó al exgobernador de California a la Casa Blanca. Este diseño estratégico tiene como eje la contención del proceso revolucionario mundial y la recuperación de la supremacía mundial norteamericana.

Esa política exterior no está exenta de un relativo éxito global, si atendemos al fortalecimiento de la capacidad militar intervencionista de los Estados Unidos y su traducción en una cierta elevación de su "prestigio" y su imagen imperial, en comparación con la década pasada, y en particular con el gobierno de Carter, la consolidación coyuntural de los aliados regionales reaccionarios en regiones como América Central, Oriente Medio y' Cono Sur de África, así como la relativa alineación de sus aliados capitalistas desarrollados con su estrategia global de confrontación.

Un examen atento de la implementación de la estrategia reaganista muestra, sin embargo, que la consecuencia en la aplicación del diseño programado no excluye matices significativos que apuntan a una readecuación a realidades insoslayables. La "contención" del proceso revolucionario mundial se mantiene dentro del contexto de una praxis no exenta de realismo que tiene más en cuenta las diferencias regionales y las posibilidades efectivas, tanto de los Estados Unidos como de sus aliados locales,

y el propio estado de la opinión norteamericana, que lo que resultaba previsible a partir de las declaraciones doctrinales.

El acelerado rearme y el enorme despliegue militar se han traducido, sin embargo, en una cuidadosa utilización del potencial militar, hasta ahora empleado directamente sólo en dos casos: el Líbano, donde el contingente de infantes de marina fue replegado en poco tiempo a los barcos anclados frente a Beirut, y en Granada. En el resto de las regiones conflictuales la participación norteamericana se limita al empleo de asesores, la ayuda en material militar, y al despliegue exhibicionista del potencial naval. La amenaza del empleo de la fuerza no excluye el recurso a las presiones políticas y económicas preventivas y a la negociación diplomática.

La implementación del diseño estratégico tiene en cuenta, asimismo, las diferencias estructurales entre los subsistemas regionales. La postura básicamente dura de la administración en el área centroamericana y caribeña se traduce, por ejemplo, en el Cono Sur de África, por las maniobras más sofisticadas de un Chester Crocker y la valorización de los intereses norteamericanos a través de un complejo proceso de negociaciones en curso entre Sudáfrica y los Estados de la línea del frente, en el que se comienza a privilegiar un tipo de linkage que subraya las interdependencias económicas.

Esta política diferenciada no deja de reflejar las contradicciones dentro del equipo dirigente, entre un pensamiento y una praxis neoconservadora "ultra" y otra de signo más moderado, así como los intereses encontrados de la oligarquía financiera detentadora del poder real en los Estados Unidos. Aunque el gobierno Reagan parece responder en primera instancia a los agresivos grupos financieros del Oeste, ningún Presidente puede desconocer el entramado de intereses que expresan la ecuación del poder fundamental en los Estados Unidos. En las formulaciones de la política exterior del actual gobierno no pueden dejar de incidir los tradicionales grupos financieros del Este, cuyo símbolo son los Rockefeller, más experimentados en el gobierno, mejor conocedores del medio internacional, más sofisticados. El activo retorno de Henry Kissinger al asesoramiento de la política exterior norteamericana y su reciente designación a un *Foreign Advisory Board* del Presidente, bien pudiera significar un acrecentamiento de la influencia, en cierta medida "moderadora", de la élite oligárquica de la costa atlántica.

No pueden dejar de observarse, al propio tiempo, las condicionantes que el proceso electoral en curso imponen sobre la política exterior reaganista. La presencia real en el electorado norteamericano del temor a las aventuras militares exteriores, el "síndrome" de Vietnam, no deja de constituir un freno a la búsqueda de una solución militar en Centroamérica y ha ejercido una indudable influencia en el repliegue de los *marines* en el Líbano y tal vez en el proceso negociador en el Cono Sur africano.

La política exterior de la presente administración republicana no ha estado exenta, por otra parte, de fracasos que indican claramente los límites del poderío norteamericano. El repliegue de los marines y, de hecho, la contención de la intervención norteamericana en el Líbano parecen ser los más evidentes y los de mayores consecuencias, pues no dejan de afectar el diseño estratégico para la región.

La ruptura del acuerdo israelo-libanés bajo patrocinio norteamericano y la imposibilidad de imponer la supremacía falangista en el Líbano, implican un triunfo para las fuerzas progresistas del país, y en alguna medida para su aliado sirlo, así como una significativa revalorización de la influencia soviética.

La Instalación de los nuevos cohetes en Europa Occidental, aunque incrementa transitoriamente la capacidad de primer golpe nuclear de las fuerzas de la OTAN, ha provocado la interrupción de las conversaciones sobre armas estratégicas (START) y llevado a un endurecimiento de respuesta en las posiciones soviéticas, que se traduce en los primeros pasos para la contrainstalación de unidades suplementarias coheteriles en los territorios de Alemania Democrática y Checoslovaquia. Por otra parte, las presiones norteamericanas para frustrar la construcción del gasoducto Siberia-Europa Occidental fracasaron estrepitosamente, en medio de acrecentadas contradicciones con los aliados atlánticos. Si bien es cierto que difícilmente puede creerse que Washington confiara en someter a sus aliados europeos y que la maniobra pareció más bien encaminada a presionar para condicionar el futuro de las relaciones económicas Este-Oeste en el Viejo Continente, es Indudable que existen diferencias considerables en las posiciones de Europa y del gobierno de Reagan frente al campo socialista. Europa prefiere la "estrategia dual" de que hablara recientemente el ministro del Exterior y vicescanciller de la República Federal de Alemania, Hans D. Genscher;¹⁴ es decir, el diálogo y la negociación basados en el equilibrio militar, mientras Washington privilegia la confrontación.

En la región centroamericana, la más amenazada de una intervención militar directa, si bien los Estados Unidos han fortalecido a las dictaduras del área, han fracasado en la campaña de agresiones para desestabilizar a Nicaragua, incluyendo el empleo en gran escala de las bandas armadas somocistas, y la guerrilla salvadoreña es más fuerte hoy que cuando Reagan arribó a la Casa Blanca. Incluso la intervención militar directa, teniendo en cuenta las implicaciones internacionales que tendría y las posibles repercusiones dentro de los Estados Unidos, sería en buena medida la expresión del fracaso de su política.

Lo dicho hasta aquí no resta peligrosidad a la posición internacional norteamericana, abocada a la recuperación de una cuestionable supremacía en el contexto de un

¹⁴ Cfr. artículo de Hans D. Genscher en *Foreign Affairs*, Fall, 1982.

equilibrio militar fundamental, orientación aventurera e irresponsable que, en un proceso de escalada, puede arrastrar a la humanidad a la catástrofe.

V

Hemos examinado en este trabajo la política exterior norteamericana desde la última guerra mundial, en sus lineamientos generales y en el contexto del sistema global de relaciones internacionales y planteado algunas tesis que podemos resumir seguidamente.

La "guerra fría" constituye un período concreto en la historia de las relaciones internacionales, caracterizado por la agresiva estrategia imperialista dirigida a contener la expansión de la revolución mundial, apuntalar al capitalismo y afirmar la supremacía de los Estados Unidos. Esta "era de la contención", que se extendió hasta fines de los años 60, se definió por el tenso enfrentamiento capitalismo-socialismo, concretado en la rivalidad bipolar de los Estados líderes de ambos campos: Unión Soviética-Estados Unidos. La supremacía mundial norteamericana, indudable durante una década, no pudo sin embargo impedir la consolidación del principal adversario ni, en rigor, contener eficazmente la expansión del comunismo. El ascenso de la Unión Soviética a potencia global materializado al comenzar los años 70, significó un cambio apreciable en la correlación de fuerzas. A lo que contribuyó destacadamente el fracaso norteamericano en el Sudeste asiático. La creciente rivalidad interimperialista y, en general, la multipolarización de las relaciones internacionales que comenzaba a delinearse.

Estos cambios estructurales del sistema internacional global, en cuyo contexto se inserta el desarrollo de la más fuerte crisis económica del capitalismo desde la gran depresión 1929-1933, condicionaron la aceptación por los Estados imperialistas del inicio del proceso de distensión. Si el polo europeo del capitalismo dio los primeros pasos en ese sentido, sólo el viraje en la política exterior norteamericana podía conducir a la superación de la guerra fría. Distensión aceptada no sin renuencia, en la que el imperialismo buscó un reacomodo que le permitiera la preservación de intereses vitales. La agudización de la crisis dentro del sistema capitalista y los sucesivos triunfos revolucionarios en varios continentes subdesarrollados incitaron al sector más reaccionario del imperialismo a movilizar las reservas de poderío del sistema y a reajustar la dinámica de las relaciones internacionales en el sentido del restablecimiento de lo que aprecian como debilitada posición internacional e incluso lograr una cierta supremacía mundial, afirmada en la superioridad militar. En sus cálculos consideran el poderío que significa la alineación de los tres polos del capitalismo bajo la dirección norteamericana, su dominio de la economía mundial y de la tecnología de punta y las tensiones que una estrategia de confrontación provocarían en el campo socialista.

La nueva línea, que comenzó a esbozarse bajo la administración Carter, adquiere plena expresión bajo el gobierno de Reagan, y encuentra ecos favorables en los *tories* británicos, los cristianodemócratas germanoccidentales y los sectores más conservadores del liberalismo gobernante en Japón. La nueva estrategia de signo agresivo, delineada por los asesores *neocons* de la administración republicana, ha provocado la ruptura del proceso distensivo y la proyección de las relaciones internacionales hacia lo que se perfila como una "segunda guerra fría".

No obstante esta postura objetivamente agresiva y de la retórica anticomunista, la política exterior norteamericana actúa diferenciada y matizadamente ante diferentes problemáticas internacionales y conflictos regionales, basada en una readecuación a las efectivas realidades internacionales. El gobierno de Reagan no ha sintetizado sus concepciones en política exterior con una etiqueta doctrinal comparable a la "contención" del período Truman o el roll-back y la "represalia masiva" de la era Eisenhower-Foster Dulles, lo que subraya el pragmatismo conservador latente en la Casa Blanca, por encima de dramatizaciones retóricas sobre una supuesta "Tercera Guerra Mundial" en curso. La política exterior del actual gobierno norteamericano se ha movido más bien en el contexto de lo que un destacado académico neoconservador ha preconizado bajo el rótulo, mucho más sensato, de "contención limitada" del proceso revolucionario mundial.¹⁵

A partir de estas consideraciones básicas, y en el supuesto de la reelección de Ronald Reagan, cabe formular algunas hipótesis sobre el curso fundamental de la política exterior norteamericana y el de las relaciones internacionales en su conjunto.

En primer lugar, la reelección confirmará a la administración republicana en su línea "musculosa", sobre todo en sus primeros treinta meses, orientación caracterizada por el militarismo, la continuada carrera de armamentos y el intervencionismo activo, preñados de peligros para la paz mundial.

Esta postura permite prever intervenciones militares directas en ciertas áreas de alta tensión. Centroamérica constituye, indudablemente, la región más inmediatamente amenazada en el primer período poselectoral. En esta región la administración republicana parece decidida a seguir un curso militar, concretado por ahora en el hostigamiento de Nicaragua por las bandas armadas somocistas y el fortalecimiento del ejército salvadoreño. No es previsible una acción directa en el área antes de los comicios, de la que pudieran resultar complicaciones inesperadas y perjudiciales para la candidatura de Reagan. Reelecto el mandatario republicano, cabría esperar la acción directa norteamericana contra el movimiento guerrillero salvadoreño y la agresión armada a Nicaragua a cargo del ejército hondureño, en una operación intervencionista paralela. Esta última eventualidad de la guerra Nicaragua-Honduras no puede descartarse completamente antes de la reelección de Reagan como

¹⁵ Cfr. Robert Tucker: op. cit.

expediente para frustrar los comicios en el primer país, destinados a consolidar la imagen democrática y el apoyo popular del Frente Sandinista, si se tiene en cuenta además que no entrañaría la implicación de fuerzas norteamericanas. En El Salvador no es previsible la intervención directa antes de las elecciones norteamericanas, a menos que se produzca el colapso prematuro del régimen militar.

En segundo lugar, la experiencia de estos primeros años de reaganismo muestra, por otra parte, que el complejo escenario internacional no puede reducirse a la dicotomía Este-Oeste y a una estrategia de confrontación, a la larga suicida. La agresividad de la administración deberá encauzarse dentro de una cuidadosa utilización de la fuerza, en el contexto de una orientación que, en última instancia, no debe desbordar la "contención ilimitada", única alternativa a la conflagración mundial. A esto contribuirán, sin duda, los enfoques diferenciados de los principales aliados de los Estados Unidos, particularmente la Europa comunitaria, vital- "mente interesada en una postura fuerte, pero al propio tiempo moderada frente al adversario socialista.

En los Estados Unidos esta línea de "contención limitada" -que expresa la tendencia al reacomodo a las realidades internacionales- estará determinada por la relativa vigencia del "síndrome de Vietnam", así como por las tensiones que - la continuada carrera armamentista debe producir en la estructura económica de la nación, generadora de tensiones sociales y políticas inaceptables para la oligarquía monopolista. En este contexto, puede perfilarse una mayor incidencia de la influencia, en cierta medida "moderada", del sector tradicional de la oligarquía financiera dominante, más sensible por demás a las opiniones discrepantes de los aliados capitalistas. Esta tendencia debe acentuarse en el último año y medio de gobierno de Reagan, por obvias exigencias electorales, en lo que constituye un precedente el análisis de su política exterior en este año de comicios generales.

Por último, en el conjunto de las relaciones internacionales no cabe esperar, naturalmente, un regreso a la distensión, como esta se desarrolló en los años 70. Tampoco un regreso a la "guerra fría" clásica. La tendencia prevaleciente en el sistema global será el mantenimiento de las tensiones dentro de un esquema de "guerra fría limitada", no exento de readecuaciones a un complejo escenario internacional, en el que resulta obsoleto el intento de restablecer una *pax americana*.

En conclusión, si partimos de un cuidadoso análisis de la configuración de la relación de fuerzas y de las complejidades estructurales de la dinámica mundial, más que la consolidación de una "segunda guerra fría" en el sentido tradicional del término, se perfila un período relativamente fluido, enmarcado por serias tensiones y que no excluye, desde luego, graves amenazas para la supervivencia de la humanidad.

Porque en la formulación de estas hipótesis hemos partido del supuesto de un comportamiento en última instancia racional por parte del equipo gobernante

norteamericano. En el capitalismo, lamentablemente, la racionalidad individual tiene como contrapartida la irracionalidad esencial del sistema y de su clase dominante.